

Paidós Orígenes

Guy Le Thiec

LOS BORGIA

Luces y sombras

Índice

Portada	
Dedicatoria	
Prólogo	
Capítulo 1. Los Borgia, un mito	
Capítulo 2. Una familia de papas	
Capítulo 3. Roma en la segunda mitad del siglo XV	
Capítulo 4. Cuando Rodrigo se convirtió en Alejandro	
Capítulo 5. Alejandro VI, príncipe del Renacimiento	
Capítulo 6. Un papa con amantes e hijos	
Capítulo 7. Los crímenes y las fiestas de los Borgia	
Capítulo 8. Alejandro VI, pastor y rey	
Capítulo 9. ¿Un papa maquiavélico? Borgia y las guerras de Italia	
Capítulo 10. La opinión pública y algunas creencias y sentimientos de un papa	
Capítulo 11. La muerte de Osiris	
Capítulo 12. El final del clan Borgia	
Fuentes y bibliografía	
Créditos de las ilustraciones	
Ilustraciones	
Notas	
Créditos	

A Anna Carrasco y Cédric Ligony, apoyos fieles

Prólogo

—Usted lo ha dicho, señor de Belverana. El cadáver era Juan Borgia; el jinete era César Borgia.

—¡Una familia de demonios, esos Borgia! Y, decidme, Jippo, ¿por qué habrá matado el hermano al hermano?

—No os lo diré. La causa de este crimen es tan abominable que basta hablar de él para cometer un pecado mortal.

—Yo sí os lo diré. César, cardenal de Valencia, ha matado a Juan, duque de Gandía, porque los dos hermanos amaban a la misma mujer.

—¿Y quién era esa mujer?

—Su hermana.

—Basta, señor de Belverana. No pronunciéis delante de nosotros el nombre de esa mujer monstruosa.

(*Lucrecia Borgia*, I, 1)

En el drama histórico que el joven Victor Hugo ofrece en 1833 a los espectadores en el bulevar del Crimen, Genaro, un hijo desconocido de Lucrecia, atenta contra el honor de la que a sus ojos no es, hasta el último instante del drama, más que la duquesa de Ferrara, quitando la inicial del apellido «Borgia» («Orgia») en el muro del palacio ducal. Esta blasfemia, «epicentro del drama» según la crítica contemporánea, precipita la venganza que Lucrecia preparaba contra los compañeros de su hijo por haberla ultrajado. Y el banquete urdido en casa de la princesa Negroni resulta doblemente fúnebre: por obra del «veneno de los Borgia», que mata involuntariamente a su hijo, y por el ma-

tricidio de este último, quien, creyendo inmolar a una duquesa sanguinaria, recoge sus últimas palabras: «¡Ah!... ¡Me has matado! ¡Gennaro! Soy tu madre».

Crimen, sexo y poder: esos parecen ser los resortes que fatídicamente descubre cualquier análisis de una obra de ficción o incluso histórica sobre los Borgia.

Nuestro propósito no es presentar a esta familia de príncipes de la Iglesia y de personajes seculares bajo una luz voluntariamente menos cruda; la verdad de los hechos también vale para tomar una dinastía pontificia. Pero la mayoría de sus miembros han quedado reducidos a un mito, que se forjó muy pronto y que ha seguido alimentándose, lo cual a menudo impide acceder a una visión más verídica tanto de sus personas como de sus actos.

Sin embargo, aquí no pretendemos, al menos no sistemáticamente, hacer una obra de historiadores, sino presentar la síntesis de una serie de trabajos históricos originales. La vitalidad de la investigación dedicada estos últimos años a los Borgia ha permitido, en efecto, reconsiderar la dinastía y especialmente su personaje central, el papa Alejandro VI, así como su pontificado.¹ Un soberano temporal que intervino activamente en las guerras de Italia; un papa valenciano que tuvo una relación ambigua con los intereses de los reinos españoles; un hombre de Iglesia que promovió un primer proyecto de reforma eclesiástica; un mecenas fastuoso: esas son las facetas que aquí examinaremos, unas facetas muchas veces ignoradas de un hombre que, por razones muy distintas, ha sido a menudo sometido a apreciaciones anacrónicas, con frecuencia moralizantes y casi siempre negativas. Sus hijos más ilustres, César y Lucrecia, han sido objeto de una mitificación parecida que ha enturbiado de manera duradera su recuerdo. Nuestro objetivo es ofrecer al lector una visión más matizada. Y por ello empezaremos analizando el mito que se ha ido tejiendo alrededor de estos personajes.

Capítulo 1

Los Borgia, un mito

Debajo de los rasgos de la criatura diabólica, con cuernos y garras, de torso monstruoso, que empuña con la mano derecha a modo de bastón litúrgico los tridentes de los demonios para atrapar a los condenados, hay que reconocer, como nos invitan a hacerlo la leyenda «*Ego sum papa*» («Yo soy el papa») (véase lámina 1) y los atributos —tiara, sotana blanca debajo del sobrepelliz, roquete y manto, zapatillas con la cruz— al soberano pontífice Alejandro VI. Algunos han supuesto que este grabado poco halagüeño era una creación de un taller parisino de finales del siglo xv o de principios del xvi, pero es más verosímil reconocer en él un estado, fragmentario, de una obra protestante muy polémica concebida hacia 1566. A pesar de la abundancia tanto de panfletos que corrieron por varios países como de las denuncias al modo de vida y al gobierno de aquel papa que se dieron al final de su pontificado, la cuestión es ¿cómo explicar la génesis de esta caricatura que hace de Alejandro VI el arquetipo del papa diabólico?

DEL PURGATORIO A LOS INFIERNOS

Que levante acta el historiador: el pontificado de Alejandro VI está formado tanto por imágenes panfletarias, literarias y pronto historiográficas como por los propios actos de ese papa. Ya en vida, Alejandro VI se vio confrontado con las primicias de su leyenda negra. Los rasgos más

notables son a priori bien conocidos: venta de cargos eclesiásticos, asesinatos, orgías y hasta incesto. A pesar de todo ello, esa acumulación inicial de materiales no constituyó un fondo del cual bebieran inmediatamente sus primeros detractores y, lo más curioso, por el contrario, es la ausencia de unanimidad de los críticos a la muerte de Alejandro VI, pues hubo una primera fase que vio cómo la opinión pública de la época se dividía entre denuncias y comentarios favorables (al menos entre los que se han conservado), antes de que la «leyenda negra» se impusiera unas décadas más tarde.

La inmediata posteridad

Así, dos años después de la muerte del papa, el embajador de Mantua le manifestaba a la marquesa Isabel de Este su extrañeza ante la popularidad del pontífice. Algunos de sus adversarios, cuando tomaron oficialmente la pluma, también le reconocieron unas cualidades que, sin embargo, no lograban compensar sus defectos. Y, entre sus raros partidarios, Sigismondo dei Conti (m.1512), al servicio del papado desde mediados del siglo xv, trazó en *Le storie de' suoi tempi dal 1475 al 1510* (*Las historias de su tiempo de 1475 a 1510*) un retrato de Alejandro VI elogioso, pues lo describe como un político y hombre «extraordinariamente prudente». ¹ Según otros, no deja de ser uno de los pontífices más controvertidos de la historia del papado posterior al Gran Cisma (1378-1417).

Pero no todas las acusaciones de las que ha sido objeto Alejandro VI tienen que ver con la leyenda negra de los Borgia. Y así, por ejemplo, destaca la acusación que se refiere a su verdadera religión:

Hoy el papa [Julio II] se ha mudado para instalarse en las estancias del piso superior del palacio, pues ya no quería ver a todas horas, como él dice, la cara de su predecesor y enemigo Alejandro, al que calificó de «marrano, judío y circunciso». Como otros criados, yo también me reí de semejante descripción y casi se enfadó conmigo porque no me creía lo que él decía del papa Alejandro, que fuera circunciso. Y habiéndole contestado que, si quería, podíamos mandar quitar de las paredes su imagen y todos los demás símbolos y escudos, no quiso, diciendo que no era eso lo que él decía: simplemente él no quería vivir ahí para no seguir recordando su memoria bellaca y abominable.²

Más allá de la posible exageración de Paride de Grassi y de la animosidad que alimentaba respecto a él su viejo enemigo el cardenal Giuliano della Rovere, futuro Julio II (1503-1513) —el retrato de Alejandro VI del fresco de Il Pinturicchio se salvó así de una *damnatio memoriae*—, subsistía contra aquel papa español la acusación de «marranismo», es decir, la acusación de ser judío converso. Después de la expulsión de los judíos de España en 1492, muchos se refugiaron en Italia y, cuando estallaron las guerras italianas dos años después, ese insulto servía sobre todo para estigmatizar a todos los súbditos de la nación española, una de las dos naciones extranjeras, junto con Francia, que amenazaban la independencia italiana. Al respecto, abundaban las anécdotas y Baldassare Castiglione, en su libro *El cortesano*, reflejó algunas de aquellas bromas; así, por ejemplo, destaca una que contaba un capitán de la primera época de la ocupación española del reino de Nápoles sobre el hecho de que los judíos se negaran a reconocer al Mesías:

Otra vez, estando Diego de Quiñones en la mesa con el Gran Capitán [Gonzalo de Córdoba], otro español, que también comía con ellos, dijo, pidiendo algo de beber:

—Vino.

—Y no lo conocisteis —respondió Diego, para reprocharle al otro que era un judío marrano.

Ya en 1493, antes de que lo hicieran Savonarola y sus discípulos, acusaron a Alejandro VI de marrano. Lo que fue una simple broma por parte de su compatriota, el colérico cardenal Arborense, que le reprochaba sus simpatías por Francia, se convirtió en un verdadero insulto bajo Julio II y quedó para siempre asociado al papa y a su familia en la época de las guerras de Italia (1494-1559). Baste como prueba este libelo del Pasquino fechado en 1522 («[...] *Alessandro giudeo, non che marrano* [...]» «Alejandro, judío, además de marrano»).³ También lo tildó de criptojudío el napolitano Paulo IV Carafa (1555-1559), uno de los últimos que no cesó de echar pestes contra la ocupación española de su patria y contra su odiado predecesor. Pero después del siglo XVI se olvidó el supuesto judaísmo de Alejandro VI.

Si los detractores del papa pudieron omitir semejante reproche fue probablemente porque formularon la denuncia, mucho más grave a ojos del mundo cristiano, de un pacto diabólico del pontífice, una acusación que ponía en tela de juicio al propio papado en aquel siglo XVI marcado por el estallido de las reformas protestantes.

Un papa fáustico

En efecto, durante más de un siglo, la leyenda negra de Alejandro VI incluyó una faceta propiamente diabólica. Para muchos, el escándalo constituido por un pontificado salido de un cónclave en el que el candidato se había dedicado a prácticas simoníacas no podía explicarse únicamente por los intereses y las ambiciones humanas. El desarrollo del pontificado, los crímenes atribuidos al papa español y a sus familiares y, por último, las condiciones de su muerte

acreditaban una explicación eminentemente perjudicial para el jefe de la Iglesia católica: el papa por fuerza había tenido que pactar con el propio Satanás.

La invocación de dicho elemento tiene varios tipos de explicación plausibles: la parte reservada a lo irracional en una época de pensamiento a menudo calificado de «pre-científico», cuando no de «mágico»; ciertas constantes medievales de la polémica antipapal que se mantenían en el Renacimiento, y finalmente la ejemplaridad concedida a la figura de Alejandro VI por la polémica primero luterana y luego protestante en el transcurso del siglo XVI.

Las explicaciones sobrenaturales de acontecimientos formidables o excesivamente inauditos fueron durante mucho tiempo la explicación más corriente en semejantes circunstancias. Los prodigios sobrenaturales, tanto si eran cometas como si eran monstruos, se convertían en signos que permitían descifrar el mundo de forma predictiva y, por eso, prodigios acontecidos durante el pontificado de Alejandro VI, monstruos surgidos por entonces en Roma o incluso la inundación que sufrió la ciudad en diciembre de 1495 fueron pronto comentados por el protestante Melanchthon como signos anunciadores del fin del papado.

El argumento del pacto diabólico como verdadera clave de un pontificado desprestigiado no era nuevo. Se remontaba al menos a Silvestre II (999-1003), «papa del año mil», que había sido acusado de magia negra por sus adversarios. Bonifacio VIII (1294-1303), campeón de la teocracia pontificia, también fue víctima de él. No tiene nada de extraño, pues, que el tema resurgiera contra un papa que no solo condensaba los peores defectos según sus oponentes, sino que también pretendía consolidar el poder que el papado había recuperado después del Gran Cisma.

Ya esbozada en vida del pontífice, la idea de una alianza de Alejandro VI con el diablo no se impuso sin embargo hasta la macabra muerte del pontífice el 18 de agosto de 1503. El papa, que había premeditado el envenenamiento

de uno de los más altos prelados, el cardenal Corneto, resultó ser una de las tres víctimas del funesto banquete. Y determinada corriente de opinión estuvo enseguida dispuesta a creer en ese pacto fáustico. En espera de la noticia «deseada» (la muerte del papa), el banquero veneciano Girolamo Priuli afirmaba en la entrada del 18 de agosto de su *Diario*: «Tal como se decía, este papa había dado su alma y su cuerpo al diablo». ⁴ Y en el mes que siguió al deceso, el marqués de Mantua Gianfrancesco Gonzaga le explicó en una carta a su esposa Isabel de Este cómo se había descubierto ese pacto durante la agonía del pontífice:

Mientras [Alejandro VI] se metía en la cama, empezó a hablar [...]. Sus palabras fueron las siguientes: «Ya voy, tienes razón, pero espera un poco», y los que comprendían su secreto descubrieron que tras la muerte de Inocencio [VIII], hallándose todavía en el cónclave, pactó con el diablo, comprando el papado con su alma, y entre lo acordado constó que debía permanecer en el trono doce años [...]. Todavía hay quien afirma haber visto siete demonios en su habitación cuando expiró. Una vez muerto, su cuerpo empezó a hervir y su boca a echar espuma, como lo haría una marmita al fuego [...]. ⁵

Esta presencia luciferina también se habría manifestado en los días que precedieron a su muerte. Delante del babuino capturado por un cardenal mientras bailaba en una de las salas del palacio, el papa parece que exclamó: «¡Soltadlo, soltadlo! Yo sé lo que es...». ⁶ La disposición del ánimo hacia el pontífice era tal que en una oración fúnebre pronunciada delante de los cardenales por Alessandro Celandoni, el orador pudo calificar al difunto sin ambages de «papa diabólico» y «proxeneta» de la Iglesia. ⁷

A este primer vínculo forjado con las potencias infernales se añadía el sentimiento común según el cual aquel papa sería conducido directamente a los infiernos y así lo dejó escrito una mano anónima en el registro de la Universidad de Bolonia, que Alejandro VI había frecuentado entre 1455

y 1456, delante de su nombre de bachiller —«En agosto de 1503, murió y fue conducido al Infierno»— o, más espontáneamente aún, Girolamo Priuli, que escribió en su *Diario* con fecha del 20 de agosto: «El cual [Alejandro VI] el 18 del corriente, [...] a la una de la noche, pasó de esta vida al Infierno».⁸

En cuanto a la sospecha de envenenamiento, los contemporáneos no la imputaron a ese mismo aspecto tenebroso. Todos los diplomáticos, diaristas y cronistas de la época que aluden a ella no relacionan el arte pontificio del veneno con la colaboración de las potencias infernales, a pesar del escándalo de un papa que muere víctima de sus propias intenciones homicidas. Al contrario, para Priuli, una vez más, como Alejandro VI también le había dado al diablo su cuerpo, «no debía morir de esa enfermedad», llamado como estaba a continuar su colaboración diabólica.⁹

Como se ve, el final dramático del pontificado, añadido a los numerosos escándalos y asesinatos que jalonaron el brillante reinado de Alejandro VI, constituía un legado inesperado para los que quisieran alterar su memoria. Con todo, lo más sorprendente es el olvido en el que cayeron, durante más de veinte años, aquel papa y las primicias de su leyenda, una época de incierto purgatorio, hasta que la virulencia de la crítica luterana y, luego, de manera más radical aún, la crítica protestante resucitaron aquella figura odiada del papado y la situaron en una historia cuyo componente mítico sustituyó a la realidad.

ALEJANDRO VI, DEL DIABLO AL ANTICRISTO

Si Lutero en sus *Conversaciones de mesa*, siempre consideró a Alejandro VI como un judío y un marrano infiel, fue la generación siguiente, la de los primeros reformistas hui-

dos a Italia y la de los autores que surgieron de los bastiones de la Europa protestante, quienes dieron la verdadera forma a la leyenda negra del pontífice.

Las diabluras de un papa

Invocando en 1550 el testimonio del secretario de un cardenal, el italiano Francesco Negri, el primero de esos reformados, se limitó al principio a retomar en su obra de teatro *Tragedia del libero arbitrio* (*La tragedia titulada libre arbitrio*) al personaje de un Alejandro VI nigromántico que pactaba con el diablo, pero tres años más tarde, otro italiano, Girolamo Masserio, recogía por primera vez en su *Eusebius captivus* (*Eusebio cautivo*) todos los elementos acusatorios que existían contra el pontífice: los «actos obscenos», el pacto con el Demonio, la asistencia permanente de diablos consejeros y, finalmente, muchos epigramas compuestos contra él («Alejandro vende las cruces, los altares y hasta al propio Jesucristo. / Primero los había comprado, así que bien puede venderlos»).¹⁰ Así, la leyenda negra tomaba cuerpo mediante la actualización de materiales dispersos. Esta primera síntesis de la polémica anti Borgia, escrita cincuenta años después de la muerte del pontífice, fue retomada literalmente en 1558, en una obra de mucho mayor calado, incluso por su audiencia, que tenía como objeto recapitular todas las fechorías de los pontífices.

Al obispo anglicano John Bale (1495-1563) le debemos en efecto *Lives of all the Bishops of Rome from the Beginning to the Year 1555* (*Vidas de los obispos y los papas de Roma*) y, a las imprentas protestantes de Ginebra y Basilea en general, esos primeros panfletos que le echaban en cara al papado las figuras vergonzosas de su historia. Pero la particularidad de la obra de John Bale fue presentar la historia pontificia como la del advenimiento del Anticristo por medio del papado desde el emperador Constantino. Si

bien Lutero ya había equiparado el papado con el Anticristo, semejante proyecto propiamente historiográfico le había sido siempre ajeno y, a sus ojos, Bonifacio VIII y Clemente VII (1523-1534), su propio contemporáneo, eran los peores pontífices. En el seno de la larga cohorte de los «obispos de Roma», todos fieles ministros de Satán, Alejandro VI fue el único al cual John Bale dedicó un apartado especial,¹¹ y cuyo pontificado explicó por la existencia del pacto diabólico y la asistencia permanente de diablos consejeros. Las invectivas de Savonarola le permitieron finalmente esbozar una primera equiparación de Alejandro VI con el Anticristo. Únicamente equiparación, pues el Anticristo seguía siendo para John Bale una entidad abstracta, igual que los miembros de la genealogía de la que el monstruo apocalíptico formaba parte en la misma obra. Lejos de llegar así a Alejandro VI, dicha genealogía hacía que se sucedieran, a modo de generaciones, los vicios más comúnmente observados entre los altos prelados, excluyendo con ello toda encarnación del Anticristo en un papa de carne y hueso.

Alejandro VI, o el diablo en imágenes

Esta excepcionalidad del pontificado de Alejandro VI se demostró con un grabado titulado «Alejandro VI, soberano pontífice» (*ALEX[ANDER]. VI. PONT[IFEX]. MAX[IMVS]*) (véase lámina 1, izquierda). El lector habrá comprendido cuál es la intención del grabado: constituido por dos figuras superpuestas, presenta a primera vista el retrato de Alejandro VI como soberano pontífice para metamorfosearse, en cuanto se gira el pliego de papel, desvelando así su naturaleza diabólica. La larga leyenda, en alemán, que vemos en la parte inferior, es la reproducción del epitome de la vida y muerte de Alejandro VI que, aunque no figure en la edición original en latín de John Bale, sí figuraba en la edi-

ción en lengua francesa y aquí en su versión alemana. La identificación entre Alejandro VI y el diablo quedaba establecida con gran astucia: ambos personajes ya no eran sino uno solo gracias al arte del grabado y tanto el diablo oculto como Alejandro VI lucían los mismos hábitos pontificios y las insignias de su función.

Vemos la primera mutación que sufre el destino del papa Borgia bajo la pluma de los propagandistas protestantes; al final de su pontificado, la opinión general había dado crédito a la historia del pacto del papa con el diablo; Bale, retomando ese material medio siglo más tarde, le confirió un relieve particular, puesto que Borgia se convertía en el único sucesor de san Pedro cuyas relaciones con el universo diabólico se contaban con todo detalle.

Y se avanzó un paso más en esa línea mediante otro grabado, sin duda ulterior, titulado *Du Pape Alexandre sixiesme* (véase ilustración siguiente).

El principio es el mismo: en la parte superior, una superposición de dos imágenes, una que parece un retrato oficial de Alejandro VI y que disimula la segunda, un nuevo retrato del diablo, con una tiara de fuego; en la inferior, la traducción francesa del texto de John Bale. Además de la calidad gráfica, la novedad de esta composición reside en la doble «advertencia a los lectores», que comenta, en la parte superior, la imagen del pontífice y, en la inferior, la del diablo.

Para que no se publique esta historia por consideración a ese miserable papa solamente [Alejandro VI] (el cual por los escritos de los historiadores y gentes notables y con todos sus predecesores y sucesores bastante conocidos por todo el mundo) se ha querido retratar la figura de él y de todos sus semejantes, a fin que haciéndolo se descubra cada vez más a ese detestable Anticristo y formal adversario del Hijo de Dios y de todos los miembros de su cuerpo. Es decir, que por la manifestación de tales monstruos se da a conocer claramente a todo el mundo que el papado es la sede de toda maldición, de seducción y de